

Edith. Nuestra Edith. La Edith de todos. Edith del mundo. Esencia misma del oficio docente. Gracias. Por guiarnos a encontrar el camino. Por mostrarnos el sendero de la buena enseñanza. Por tus pasiones, que movilizaron cientos, miles, de docentes en formación. Por alentar la fuerza y energía creadora en la lucha diaria del profesorado. Por abrirnos puertas al conocimiento. Por tu generosidad intelectual, por compartir saberes y experiencias con el solo retorno de que intentemos producir una mejora en nuestros entornos de trabajo. Gracias por involucrarte en nuestros asuntos académicos e institucionales cada vez que te necesitamos y ofrecernos la voz de tu experticia.

Imposible enumerar las enseñanzas que nos dejaste; bastaría con decir que fuiste nuestra inspiración en muchos proyectos académicos e institucionales: la Especialización y Maestría en Docencia Universitaria, la reformulación de los planes de estudio, los encuentros académicos, la investigación sobre la buena enseñanza en la educación superior. Y fuimos muy afortunados de compartir contigo tantas jornadas de trabajo, las que nos dejaron aprendizajes que no se borrarán jamás.

¿Cómo olvidar la maestría con que desplegabas tu oficio, las mil y una formas de abordar un problema, la manera única de enlazar la teoría y la práctica? ¿Cómo olvidar la riqueza de tus enseñanzas, tu capacidad para adaptarlas a cada situación, en distintos niveles y atravesando distintos campos del conocimiento? ¿Cómo olvidar las narrativas, los relatos de docentes de todo el mundo documentados en distintas investigaciones que trajiste a las aulas como disparadores hacia una mejor comprensión de los fenómenos educativos?

Queremos hacer honor a tu recuerdo, con la firme convicción de que el oficio docente nos involucra como personas en todos los aspectos de nuestro ser y que es desde esa globalidad que debemos enfrentar con honestidad nuestra tarea diaria.

Vaya en este número de la revista, nuestro humilde pero sincero homenaje.